



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

EL MIEDO QUE NOS HABITA: ELEMENTOS PARA LA INTERPRETACIÓN DE UNA SOCIOLOGÍA DE LA SEGURIDAD

Carlos A. Victoria

Licenciado en educación y comunicación. Especialista en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad de los Andes (Colombia)

Abstract. Social safety is the binding axis of the hegemonic narrative that is experiencing the rise of so-called globalizing the fight against terrorism. It is the frenzy that consumed the expectations and stakes government and its opponents, especially in a country like Colombia, which holds lapidary figures on the extent of barbarism. Good for the confrontation between the rule of law and organized crime and illegal, or by the rules prevailing at the time of settling disputes.

Resumen. La seguridad es el eje aglutinante del relato hegemónico que experimenta el auge mundializador de la llamada lucha contra el terrorismo. Es el frenesí en el que se consumen las expectativas y apuestas de gobiernos y contradictores, sobre todo en un país como Colombia que ostenta cifras lapidarias sobre la magnitud de la barbarie. Bien por la confrontación entre el imperio de la ley y la delincuencia organizada y furtiva, o bien por las reglas del juego que prevalecen a la hora de dirimir los conflictos.

La seguridad como, melancólicamente, advertía hace poco el *Miami Herald*, hace parte de la “atmósfera de ilusión que alienta a Colombia”. De ahí sus

atributos mesiánicos tras las bataholas de las múltiples violencias y terrorismos afincados en los miedos y las desconfianzas para sobrevivir a la fragilidad del riesgo, este último como motor que anima dos atributos principales del conjuro de la identidad que acrisola la guerra social: la cautela y la sospecha.

El miedo que nos habita es el resultado de una investigación desarrollada en una de las ciudades colombianas que tipifica el doloroso y demoledor récord de la criminalidad urbana. Aporta algunos elementos que permitirían establecer de qué modo la sociedad y en especial los ciudadanos más desaventajados asumen los riesgos de enfrentarse a las múltiples inseguridades, plagadas de incertidumbre pero erosionadas, también, por el símbolo de la muerte.

Trazado inicialmente desde las sombras de los territorios de miedo, la investigación examina los paradigmas agónicos de la cultura urbana del despojo, y entre ellos la ligazón que tejen inseguridad, desconfianza y miedo. Es una lectura de las fallas institucionales pero al tiempo reporta los arreglos que los ciudadanos incorporan al manual de sus imaginarios para establecer aprendizajes más verídicos entre el riesgo y el instinto de conservación.

La sensación de inseguridad ha hecho que prevalezcan las áreas de acceso restringido, retornando a las viejas murallas y fortalezas del medioevo, parcelando de paso a los llamados ciudadanos de bien y a los que, diferencialmente, exponen una ciudadanía menos anónima pero igualmente más acechada por el peligro y el asedio, dos constantes que merodean entre la fiereza de la victimización. Así las cosas se impone la idea de una vida sin riesgos y sin desgracias, entre alarmas, vigilancia y autocontrol.

El temor y el miedo se están convirtiendo en elementos de aislamiento y ausencia de solidaridad entre la comunidad. La percepción de inseguridad e indefensión, de una buena proporción de sus habitantes, está dando cuenta

de otras angustias culturales que afectan irremediablemente la calidad de vida y la posibilidad de existir en condiciones de mayor dignidad. No sólo es temor, es también desconfianza al otro, a la institución encargada de velar por la seguridad pública, lo que daría cuenta de una profunda crisis de capital social, como enseñan los resultados a partir de los instrumentos empleados para explorar la percepción de algunos ciudadanos.

Este documento es obra de unas circunstancias especialmente apremiantes para una sociedad cada vez más expuesta a los códigos mortíferos de un conflicto social que otorga sentido a lo dicho por Edmund Burke en 1757: “No hay pasión que robe tan determinadamente a la mente todo su poder de actuar y razonar como el miedo. Pues el miedo, al ser una percepción del dolor o de la muerte, actúa de un modo que parece verdadero dolor”.

La ciudad de Pereira, capital del departamento de Risaralda, República de Colombia, ha llegado a presentar tasas de 97 homicidios por cada cien mil habitantes, hecho que indica un deterioro ostensible de la convivencia social entre sus habitantes. La investigación se propuso indagar por las externalidades del fenómeno en el comportamiento de la comunidad en sus relaciones sociales y los vínculos con los espacios públicos compartidos.

Una característica relevante del estudio fue la incorporación de experiencias, creencias, actitudes, pensamientos y reflexiones de los participantes. Escuchar las “distintas voces de los actores involucrados”. Las voces de los ciudadanos, a partir de sus relatos es parte constitutiva del documento. La voz pública ha sido la simiente de un trasfondo que explora el poder lingüístico de las ciudadanías del miedo.

En esta perspectiva, la investigación apeló al examen de la violencia, como hecho cultural territorializado, lo que implica el establecimiento de límites y referentes espaciales (Niño y otros, 1998) a través de los que discurre la vida e intercambios de los sujetos, desde posiciones, (pertenencia a una clase

social, género, grupo de edad) visiones y experiencias que otorgan valor y representación a ese imaginario –subjetivo– en el que se desenvuelve lo cotidiano.

Ciudadanías del miedo

La investigación se alimentó de diálogos y discursos latentes; los unos en el acervo escatológico de la gente, y los otros en las reflexiones surgidas de talleres, grupos de discusión y otros espacios que han dado cuenta de las lecturas de la realidad hechas por las personas en medio de la incertidumbre y los temores heredados de un conflicto que agobia y limita los sueños.

En el transcurso del trabajo, fueron varios los encuentros con ciudadanos del común que sienten como la ciudad en la que han vivido, pareciera esfumarse y volverse en su contra. Tal vez una de las expresiones más sencillas, pero que dimensiona el estado de las cosas se desprende de una de las últimas entrevistas realizadas²: “En Pereira no hay por dónde caminar”, con lo cual se quiere significar que los espacios de la confianza, no propiamente los físicos, se han reducido drásticamente para disfrutarlos con tranquilidad.

Lo que los territorios del miedo están formando no solo es exclusión física y enajenación de lo público, sino el surgimiento de una ciudadanía desconfiada, sin vínculos colectivos y finalmente absorta en espacios de lo privado, por no decir que privada de poder vivir en comunidad, entre iguales. En estas condiciones los centros comerciales y las unidades residenciales cerradas, simbolizan un mismo eje de exclusión, fragmentación y diferenciación, entre quienes, desde su capacidad económica están en condiciones de consumir dichos bienes y servicios, asunto que ya de por sí destruye los espacios comunes de reconocimiento.

La sensación de temor, indefensión e inseguridad están dando lugar a culturas de ciudad que rivalizan con la convivencia y la tolerancia; Pereira, al

igual que la mayoría de ciudades colombianas y de América Latina, paulatinamente se ha transformado, en determinados sectores, en zonas donde la exclusión social implica también el señalamiento y estigmatización de sus habitantes, como víctimas o victimarios. Nuestra ciudad, en este contexto, es relatada desde el decaimiento ciudadano y la sensación fatalista de que poco se puede hacer.

Las ciudadanías del miedo son desconfiadas y por lo tanto restan posibilidades a la formación de capital social que, de alguna manera, contribuya a prevenir los fenómenos delictivos en todos los estratos de la sociedad. Así como se expande el miedo a lugares y determinados sujetos, también crece el temor a participar, a denunciar, a comprometerse con causas justas, con ideales que reclamen el cumplimiento de derechos y responsabilidades por parte de la esfera estatal, al tiempo que la esfera pública, desde el ejercicio ciudadano, se encoge tras las voces del silencio (Virilio, 2002).

El miedo, como argumenta Lechner, es obra de una modernidad articulada a la racionalidad económica, a la eficiencia del mercado, al individualismo, a una competitividad entre ganadores y perdedores. Individualismo que, entre otras cosas, restringe un desarrollo humano con arreglo a solidaridades, cooperación y redes de confianza, como capital social, vitales para la acción colectiva y la prevalencia del interés público.

Las ciudadanías del miedo se caracterizan, así mismo, por sentimientos de inseguridad y temor a pasar hambre, a perder el empleo y con éste las oportunidades de ingresos estables y la seguridad social. Desde esta perspectiva la relevancia del concepto de seguridad es mucho más compleja e integral³, que la seguridad desde el punto de vista de la vigilancia, el control y la prevención del delito. El miedo a la exclusión es el mismo que se traduce en amenaza cotidiana contra la propia supervivencia.

En la modernidad, en que el mercado no satisface ciertas demandas de reconocimiento e integración simbólica antes cubiertas por el Estado, la exclusión es vivida como una amenaza contra la mayoría (Lechner, 1998). Por ello el miedo al otro, el temor al delincuente (muy superior a las tasas reales de criminalidad), es la metáfora de otros miedos; la aguda percepción del extraño, como un potencial agresor, refleja la debilidad del “nosotros”. No resulta extraordinario que en algunos barrios de la ciudad se establezcan categorías que dan cuenta de forasteros, extraños y sospechosos, como prueba de una crisis de desconfianza en los demás.

El miedo ciudadano entreteje los espacios urbanos dando lugar a una resignificación subjetiva de los mismos, tal vez como efímera alternativa a la impotencia de poder disfrutar espacios civiles para el ocio y el encuentro. No es gratuito entonces que las personas entrevistadas señalen a los parques y plazas como lugares que infunden temor y desconfianza, no obstante su condición de bienes públicos. La ciudad no se disfruta de sus espacios comunes, sino desde otros que, vía precio como los centros comerciales, excluyen con profundas repercusiones para el sentido de pertenencia democrático.

“Nos falta valor civil y desafiar los miedos. La gente se acostumbró a hablar detrás de las paredes y ha elaborado sus propios silencios”, éstas y diversas apreciaciones emergen desde la conjetura y la autointimidación que obliga a callar, a refugiarse entre los suyos, desconfiando de los otros. El miedo, como maldición de tiempos tenebrosos, ha desplazado la valentía por una cobardía asimilada a compartimentos pasivos e inútiles. Todos, no importa la condición social y el papel que juguemos, tenemos miedo al atraco, al secuestro, a ser asesinados, pero también a los embargos, a la pobreza, a participar e incidir en los asuntos públicos, por temor a ser utilizado y/o

señalado como beligerante. El miedo es el sentimiento de una crisis institucional en la que cada cual debe salvarse como pueda.

Las ciudadanías del miedo en un contexto de guerra, como la que padecemos actualmente, comprometen a la ciudadanía activa, deliberante y disputatoria; el terror no solo desplaza físicamente, sino que somete a las voces y disposiciones de los ciudadanos a participar, a establecer vínculos y compromisos con el bien común. En estas circunstancias la democracia de las ciudades no solo priva, sino que también privatiza espacios, a favor de los más fuertes, de las elites y cúpulas, y no propiamente a los débiles, los diferentes y finalmente los excluidos. El miedo destruye el vínculo democrático de los ciudadanos con su ciudad, a cambio de la seguridad privada y la extinción de la salvaguarda pública.

“No podemos hablar. Vivimos en pánico”, ahora se trata de “ver, oír y callar”, fueron expresiones repetidas pero significativas de un determinado grado de zozobra que domina el ambiente en el que discurre la vida cotidiana de los sujetos por la ciudad. “Cuando veo más de cinco muchachos juntos, inmediatamente me cambio de andén. Yo fui muchacho y sé qué traman allí”, explica un profesional.

Los jóvenes hacen estallar su agresividad contra cualquiera. El conflicto familiar y las ausencias de afecto encuentran en la calle, con otros amigos, una válvula de escape. “Al menos ellos encuentran en estos espacios una respuesta a ese déficit”, pero no todo el mundo lo ve así. En la mayoría de hogares Pereiranos hay demasiados estímulos, pero también déficits, como los laborales, afectivos y recreativos.

Así como hay miedo al sufrimiento, ante una realidad carenciada, los sujetos observados han llegado a experimentar que tampoco hay otras oportunidades. “Es un miedo que paraliza y no deja ver otras perspectivas”. Esto ocurre a quienes han perdido su empleo o se han visto obligados a

clausurar su negocio, como única fuente de ingresos.” “Tengo miedo a que me embarguen, a que mis hijos no puedan continuar los estudios, a tener que vender lo poco que me queda”. Hay miedo, en consecuencia, a vivir en la miseria. En el caso de la clase media percibimos que este miedo tiene que ver con la pérdida, además, de estatus e imagen, ante los demás.

“Es un nuevo tipo de miedo. Es el miedo escénico, creado por una realidad que somete”. Hay miedo a perder lo mucho o poco que algunos han construido y se sienten afectados por la crisis, repercutiendo ostensiblemente en sus estilos de vida. “Muchos están luchando para bregar a sostener una imagen, porque también han vivido de ciertos estereotipos”. En opinión de algunos autores, ese miedo a sufrir sería una secuela que ha colocado a la imagen, como uno de los atributos de una cultura de simuladores.

En ese sentido el miedo, como una percepción derivada de la experiencia personal que, a la vez, genera una respuesta determinada, estaría afectando la calidad de vida de la población según su posición económica en la sociedad. Mientras el tendero dice tener miedo a ser asaltado y victimado, el conductor de buseta⁴ percibe temor a quienes hacen uso del servicio, ante la experiencia de ser atracado y junto con él sus pasajeros; el habitante de la calle tiene miedo de ser víctima de una limpieza social⁵; entre tanto las personas pudientes, como propietarios y rentistas a una escala considerable, sienten miedo de ser secuestrados y/o víctimas de una extorsión, al igual un familiar cercano; diríamos que el miedo sería lo único que une e identifica a las personas, aunque dependiendo de su lugar en la sociedad.

No hay territorios de miedo, como definición espacial única, desde la relación, el uso y el intercambio entre los sujetos. Desde las expectativas de vida está surgiendo con inusitada fuerza, un miedo como representación ante la insuficiencia para poder dar respuesta a determinados satisfactores, pero también como la incapacidad de asimilar y asumir la crisis de precariedad. En

esta perspectiva la noción de seguridad se trasladaría a un concepto más amplio, como un problema de seguridad social en su conjunto, de cuyo faltante surgen, por demás, los rasgos característicos de inseguridad pública expresados en robos, atracos, asaltos a mano armada, etc.

Como bien lo describe Rotker (2000) a la inseguridad que produce la posibilidad de un asalto o de un secuestro, se agregan inseguridades que se comparten con todos los países, tanto ricos como pobres, a partir de la globalización: la inseguridad en el empleo y por lo tanto en la estabilidad del ingreso, los problemas de salud –por contagio del VIH– y el medio ambiente, el hambre, tráfico de estupefacientes, los conflictos étnicos, la desintegración social, el terrorismo, los desplazados que van penetrando las ciudades y desfigurando sus espacios.

El poder simbólico del miedo, en respuesta a una situación determinada y en este caso asumida como un problema de iniquidad sería indicador, así mismo, que no sólo se trataría de abolirlo desde la negación del presente. Tal vez uno de los lenguajes característicos, desde cierta cultura de la evasión, son aquellos que apelan a elaboraciones discursivas que logran ocultar y minimizar causas y consecuencias del desorden institucional. El miedo se ha convertido en la norma y no propiamente en la excepción.

Percepciones para desandar la ciudad

Pereira ha dejado de ser recorrida. En el tramo final de la investigación alguien decía que “no hay por donde andar”, simbolizando con ello tal vez su angustia. En el presente la vida urbana de esta ciudad recurre a otros modos de verla, interpretarla y, finalmente, asumirla. Absortos y resignados sus pobladores, aunque precariamente ciudadanos en toda la magnitud de su significado político, la habitan con desdén y arrojo al mismo tiempo. Es tal vez la mezcla más disidente, pero contradictoria, frente al instinto de conservación de la vida y la integridad personal.

Sobrevivir estas ciudades apocadas y sumisas ante la desventura de los hilos que han tejido su economía y su convivencia, es el verbo por excelencia que se conjuga sin el menor asombro. Sobrevivir a la adversidad que otorga el desempleo es la humillación menos traumática en la suerte de ideales que animan a ese seguir, a ese peregrinar tras la posibilidad, la opción o lo que se suele conocer como futuro.

No es ésta la ciudad que en su pasado se dejaba recorrer y disfrutar, entre tonadas y toneles, ahora tal vez se desanda a través de sus túneles y telones, de fondo, en medio de sus miedos, sus incertidumbres y sus riesgos. Es la ciudad que cobija a unos y descobija a otros. Es la calle, la muralla, el barrio y el condominio, diciendo que la vida no vale nada, pero que perderla por descuido sí importa. Es hábitat en el que se encarna una cultura del despojo y el despeje. Es también la mirada junto con la indiferencia. No es el final, pero pareciera serlo.

Muchas y muy variadas transformaciones ha tenido la vida pereirana en los últimos treinta años. “Hasta 1905 la vida en Pereira era una verdadera delicia. Todo éramos amigos y no existía o no se notaba, la diferencia de clases sociales... Definitivamente la civilización nos ha venido a “complicar” mucho la situación, sobre todo aquí en Pereira donde vivíamos tan tranquilos y contentos. ¡Ya no podemos sacar y “recostar” en las aceras los taburetes de vaqueta o de “cuero crudo”, donde nos pasábamos las horas “echando” chistes y “tirándole el pelo” a todo el que pasara frente a nosotros! ¡A duras penas nos alcanza el tiempo para defendernos de los autos, de los emboladores, de los vendedores de billetes de loterías y de los “atracadores”. Estamos rodeados de peligros por todas partes, “al levantarnos de la cama, al salir de la casa, al entrar a la Iglesia, al comer y al dormir”; sobre todo, al ir los sábados en la noche a los bailes de “La Cumbre”⁶.

Recorrerla es un primer paso a palparla sin el legado del discurso institucional y menos aún el que dibuja la metáfora radial, en su registro idílico y embaucador. Esto implica asumir la objetividad de sus espacios y recovecos, con la tenacidad de su clima, en frío y en caliente, de día y de noche. Leerla no es repasar el folleto e interpretar sus caricaturas. Es sencillamente tener la posibilidad de acercarse a la traducción de hechos simples pero disidentes de fenómenos ante los cuales la ley, la seguridad, la mirada, el patrullaje y la vigilancia, dan forma a la geometría de sus tangentes.

El miedo que nos habita es el mismo que nos arrincona y persigue. El que paraliza y desnuda, el que se hace visible cuando el recelo asume la propiedad soberana de evitar la oportunidad del otro sujeto; la opción de una mirada y la posibilidad de establecer contacto. Cada vez más somos sujetos de la extrañeza y la desconfianza, atributos paranormales de una realidad mediada por la intersubjetividad de los epílogos existenciales.

La frescura ha sido reemplazada por el azar, por esa sensación inaudita de no dar *papaya*⁷, de automarginarse de la vida pública, es decir de pisar los terrenos compartidos por todas y todos, en espacios por donde discurre lo anodino, lo cotidiano y ciudadano. Es la esfera reservada para asumir el peligro, como opción de vida, como fatalidad y como fortuna, bajo el manto de una bendición, de una oración o de ese imaginario que todo lo puede, que todo lo quita, y al que finalmente se encomienda el sujeto: Dios.

Es la ciudad escrutada por relatores e investigadores, por los mapas culturales, por cuadrantes, por territorios, por la focalización estigmatizante del peligro y sus miedos, pero también es aquella ciudad incolora que no sorprende ni causa espanto. La ciudad de los discursos que apelan a identidades cribadas en el abolengo, la raza y el óxido del olvido, cada vez más encarnado por historiadores con fe de carbonero, ante la desbandada

juvenil de la cultura pagana, la indiferencia y el vacío de heredad que llaman algunos. Es la Pereira narrada y conmocionada también— por los titulares, las noticias y las versiones que recorren su espacio matutino, sembrando una imagen que imparte atributos pero que concede justificaciones tan poco apropiadas a la verdad. Más que habitantes de la ciudad, somos habitantes del miedo que circula por imaginarios .

Con el miedo surgen, entonces, nuevas ciudadanías: las del miedo, entre absortas y vilipendiadas por la amenaza, el riesgo y la desconfianza, con profundas repercusiones en la calidad de vida social, pero sobre todo en la calidad de la democracia y la capacidad de la comunidad en el control social e incidir en las decisiones que les afectan. La democracia se escribe ahora con miedo.

Referencias bibliográficas

ALBERDI J. – NINA D, Gobernabilidad y formas populares de justicia en la Nueva Sudáfrica y Mozambique, México, Revista Convergencia, mayo - agosto, 2001.

ARDILA A, - y otros- Pandillas juveniles, una historia de amor y desamor, Fundación FES.

ARRIAGADA I. – GODOY L. Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa, Santiago de Chile, CEPAL, 1999.

BARBER B., Un lugar para todos, Editorial Paidós, Barcelona, 2000.

BECK, U., La sociedad del riesgo, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002.

BORJA J, El gobierno del territorio de las ciudades latinoamericanas, Barcelona, IIG, 2001.

CAMACHO G. A, - GUZMAN B. A, Colombia, ciudad y violencia, Bogotá, Ediciones Foro Nacional, 1990.

CENTRO CONTROL DE LESIONES DE CAUSA EXTERNA, Lesiones en eventos de tránsito en Pereira, Asociación Hospital Universitario San Jorge de Pereira – Servicio Seccional de Salud de Risaralda, 2000.

CUADERNOS DE ESTUDIOS URBANOS N° 5, Bogotá: Espacio vivido y Territorios de Miedo, Corporación de Estudios de Antropología Urbana, 1998.

CUERVO L. M, - GONZALEZ, J, Industria y ciudades en la era de la mundialización, Bogotá, Tercer Mundo – Colciencias – CIDER, 1997.

DELUMEAU J, El miedo en occidente, Madrid, Taurus, 2002.

DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACION, La Paz: El desafío para el desarrollo, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1999.

ELIAS N, La soledad de los moribundos, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

FUKUYAMA F, La gran ruptura, Madrid, Atlántida, 1999.

EL MIEDO, Reflexiones sobre su dimensión social y cultural, Corporación Región, Medellín, 2002.

GALINDO J, Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación, México, Pearson, 1998.

GARAY L.G, - Repensar a Colombia, Bogotá, PNUD-ACCI, 2002.

HERNANDEZ A, Republicanismo contemporáneo: igualdad, democracia deliberativa y ciudadanía, Bogotá, Siglo del Hombre Editores – CIDER – Universidad de los Andes, 2002.

LECHNER, N. Los patios interiores de la democracia, subjetividad y política, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

LIPOVETSKY G, La era del vacío, Barcelona, Anagrama, 1996.

MARULANDA E, El cardenal Castrillón, entre la fe y el poder, Bogotá, Nueva América, 1999.

MESA B, - CASTILLO M.E, Indiferencia, conflicto y alternativas en el Area Metropolitana Centro – Occidente, Pereira, 1994.

MONTENEGRO A. – POSADA E, La violencia en Colombia, Bogotá, 2001.

PERIODICO LA TARDE, Pereira, ediciones varias, 2002.

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA, Estrategia Nacional para la Convivencia y la Seguridad Ciudadana, Bogotá, 2001.

REVISTA EPIDEMIOLOGICA DE PEREIRA, Instituto Municipal de Salud, Vol. 4, junio, 2001.

ROTKER, S. Ciudadanías del miedo, Caracas, Nueva Sociedad, 2000.

SALAZAR A. – JARAMILLO A.M, Las subculturas del narcotráfico, Bogotá, Cinep, 1996.

SEARLE J.R., La Construcción de la realidad social, Editorial Paidós, Barcelona, 1997.

SODRE M, Sociedad, cultura y violencia, Bogotá, 2001.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, Diez años de la Constitución Colombiana, Bogotá, Publicaciones ILSA, 2001

Notas:

* El contenido de este documento es una versión de la investigación auspiciada por el Instituto de Cultura de Pereira-Observatorio de Cultura Ciudadana, organismo adscrito a la Alcaldía de la misma ciudad y desarrollada en el primer semestre de 2002. Refleja las consideraciones del autor y demás integrantes del equipo de trabajo. No compromete el pensamiento de las instituciones señaladas.

1 Esta reflexión se apoya en conversaciones con profesionales de la sociología, psicología y psiquiatría de la ciudad, pero también en las apreciaciones argumentadas de algunos autores y especialista en el tema, como Norbert Lechner, politólogo chileno; al historiado francés, Jean Delumenau y los valiosos aportes a la discusión aportados en América Latina por Susana Rotker, Jesús Martín – Barbero, Rossana Reguillo y los mejicanos Néstor García Canclini y Carlos Monsiváis.

2 Entrevista realizada el 22 de mayo de 2002 a una funcionaria del sector financiero.

3 En el pasado se pensaba que la seguridad primero era para el Estado y consecuentemente para la sociedad. En el mundo de hoy la seguridad democrática es seguridad integral: alimenticia, de movilidad territorial,

económica, de libre expresión. Luis Jorge Garay: “El reto es que no se debate”, a propósito del texto Repensar a Colombia. Lecturas Dominicales, El Tiempo, mayo 16 de 2002.

4 Denominación que se le da en Colombia a un autobús de transporte público con capacidad para transportar pocos pasajeros.

5 Aforismo con el que se designa la ejecución extrajudicial de personas sospechosas.

6 Sánchez R. En: Pereira 1887-1935, Colección clásicos Pereiranos, Instituto de Cultura de Pereira, Editorial Papiro, 2002. Pág.139-144.

7 Metáfora con la cual los colombianos designan su propia capacidad de estar alertas para no ser víctimas.